



Viajes y éxodos en *El llano en llamas* de Juan Rulfo

Yvette Jiménez de Báez*

La memoria, sí (porque es la tierra y el agua de la existencia), la memoria.

Truman Capote, *Otras voces, otros ámbitos*, 1950

Para acercarnos al tema de viaje y éxodo en los cuentos de *El llano en llamas* de Juan Rulfo, es conveniente deslindar entre memoria y recuerdo, como lo sugiere Mircea Eliade en su libro (*Aspectos del mito* [1963], p. 108), conceptos que interactúan en frontera. Me refiero a la *memoria* como la posibilidad de *estar* en la verdad, sin necesidad de recordarla. El *recuerdo*, en cambio, concretiza en la historia —si bien limitadamente— la percepción del sentido; se moverá siempre en el ámbito del devenir, y no de la perfección ligada a lo sagrado. La memoria convoca, guía, desde lo “alto”. En contrapunto con el olvido, el recuerdo impulsa la historia hacia el futuro, estrategia característica de la obra de Juan Rulfo. Sin duda, en concepciones del mundo integrales, como la cristiana, y en toda utopía, memoria y recuerdo conforman una unidad interdependiente.¹

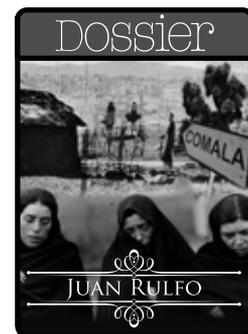
Guardar la memoria de lo esencial y el recuerdo del suceder diario, colectivo y personal, sostiene el paso del hombre y de la mujer por la vida. Al hacerlo, marca y va revelando su sentido. Desde los tiempos primitivos, el hombre hace camino: se traslada en el espacio o se detiene. Es el principio del viaje.

Cuando el viaje presupone un objetivo sagrado o revierte al origen, el modelo que subyace en la cultura cristiana es el Éxodo del pueblo de Israel. El llamado liberador proviene de una voz divina que ofrece a cambio la Tierra Prometida. Cuando el viaje pierde asidero —en los fines últimos, todo desplazamiento interior o exterior se organiza de acuerdo a objetivos históricos múltiples del *aquí*. Todo “viaje” se inserta en

la cadena del sentido que abre la visión de mundo trascendente. Pero la óptica del que contempla y enuncia recorta el ángulo de visión conforme a su mirada, y a un saber previo.

En su acepción primaria, “viajar es buscar”.² De ahí la función cognitiva de los viajes. Todo viajero, apunta con agudeza Margarita Pierini,³ emprende un “viaje de conocimiento: hacia las remotas tierras de la memoria de los hombres, hacia las lejanas tierras habitadas por hombres diferentes” (p. 15). El encuentro con el otro, con lo otro, revierte a su vez a la realidad interior, y a la historia colectiva a la cual se pertenece, y ambas se transforman según se desplaza el hombre o la colectividad.

En la primera edición de *El llano en llamas* (1953), “Macario” inicia el libro. En la segunda, que es la que utilizo,⁴ lo sustituye “Nos han dado la tierra”.⁵ “Macario” es el nombre del personaje principal en el cuento del mismo nombre. El personaje iconiza la cancelación gradual del contacto con el exterior, salvo algunos hilos que confirman, por excepcionales, la tendencia al estado inmóvil. Su vida y su espacio niegan la itinerancia propia de un pueblo llamado a trascenderse en la historia. No obstante, el *miedo y la negación de espacio exterior* lo lanzan a exiliarse en su interior como sustituto, aunque su limitación congénita no le permite hacerlo plenamente. Lo sostiene la cuerda de la unión primaria con sus padres, ya muertos y en el “purgatorio [...]” (p. 14), y lo anima la búsqueda del reintegro al núcleo familiar. Ello implica que el recuerdo busca insertarse finalmente en la memoria eterna. En el *aquí*, todo se constriñe para que esa esperanza no se cancele. En el espacio exterior, desde la óptica y la experiencia de Macario, es opresivo. Pero también el espacio inte-



Fecha de recepción: 2017-09-20

Fecha de aceptación: 2017-09-28

*Docente-investigadora de El Colegio de México.

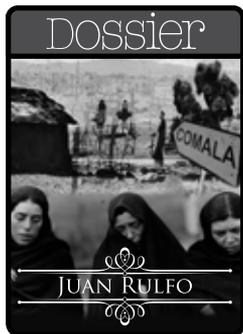
¹ Para Johannes Baptist Metz, la memoria media entre la verdad racional previamente conocida, y la historia de la libertad. (*Por una cultura de la memoria*, presentación y epílogo de Reyes Mate, *Anthropos*, Barcelona, 1999, pp. 1-2). Antes, en 1985, Paul Ricoeur distingue un tiempo propiamente histórico, que media entre tiempo vivido y tiempo cósmico (*Tiempo y narración III*, p. 772).

² Cf. Juan Eduardo Cirlot, *Diccionario de símbolos*. Labor, Barcelona, 1984, s.v., viaje.

³ Margarita Pierini, *Viajar para (des)conocer*. Isidore Löwenstern en el México de 1838. UAM-Iztapalapa, México, 1990.

⁴ Juan Rulfo, *El llano en llamas y otros cuentos*. FCE, México, 2ª ed., 1955 (Col. Letras mexicanas, 11).

⁵ Después “Macario” desaparece en dos ediciones intermedias y se recupera en 1980, en la edición especial del Fondo de Cultura Económica, revisada por el autor.



rior es carcelario. Salvarse equivale a la negación de la vida, en tanto la respuesta del personaje se finca en el miedo y la culpa. El sentido del viaje y de la vida trascendente, bienaventurada (implícita en su nombre)⁶ se invierte y trastoca irónicamente su fin último, así como desvirtúa el *aquí* y el *ahora*.

En el presente, Macario está inserto en una tríada familiar sustituta, carente de la figura del padre, con la madrina y Felipa; esto refuerza, por negado, que el objetivo de su búsqueda sea restituir la tríada familiar, en la madrina se confunden algunas funciones disminuidas de padre y madre; Felipa es una suerte de nodriza y amante que se aproximaría a lo grotesco, a no ser por la inocencia ingenua que no oculta del todo la ternura, y por eso protege mientras la vida pasa, si bien las relaciones tienden a cosificarse como valores de uso.⁷ No debe olvidarse que la familia constituye uno de los símbolos más característicos de la sociedad mexicana y ocupa un papel decisivo, tanto en la literatura como en el cine, aparte de otras esferas sociales como la política. “Macario” cuestiona, incluso invierte, este principio como una realidad actuante. Los valores que supone no desaparecen. Quedan implícitos y, negados en el presente, convierten al hombre en una criatura deseante. En contraste, “Nos han dado la tierra” pone en primer plano el escenario exterior. Desde el título, incluye al yo que enuncia y a los otros que le acompañan. Conocemos casi de inmediato que son cuatro los hombres que caminan por la tierra desértica, sitiados por la sed. El diálogo se ha reducido al mínimo subordinado al silencio. No obstante, parecen compartir una experiencia que homologa el saber y el despojo gradual de toda pertenencia. El hecho neutraliza u opaca las diferencias, sin eliminarlas. Su identidad personal deja el primer plano a la identidad colectiva de miseria y despojo.

La escritura análoga el éxodo del presente con el motivo del Éxodo del pueblo israelita que se exilia de la esclavitud egipcia movido por la promesa de la Divinidad de llegar a la Tierra Prometida. Sólo que esta

vez todo ha quedado a nivel de los procesos históricos de opresión e injusticia, sin contacto con lo sagrado, salvo por los signos que indican la degradación del modelo.

El camino a pie por el desierto durante horas, la sed inagotable (v. Éxodo 13:18) caracterizan el éxodo de ese grupo humano que se ha ido desgajando “puñito a puñito” hasta quedar sólo los cuatro (poco antes eran “veintitantos”) que finalmente serán tres cuando uno decide quedarse al llegar a la orilla del pueblo con su gallina (única pertenencia, proveniente de su hogar). Antes, los hombres han sido despojados de su carabina y su caballo con los cuales dominaban el espacio, y de hombres a caballo pasaron a ser hombres de a pie.

Pero el mayor despojo se relaciona con la Tierra prometida, el objetivo “alto”, salvífico. Irónicamente se invierte el modelo original y queda sólo la tierra agostada y seca. En el presente, el Llano está en lo alto geográficamente, pero “no es cosa que sirva. No hay ni conejos ni pájaros. No hay nada.” (p. 17): “blanco terregal endurecido donde nada se mueve y por donde uno camina como reculando” (*idem*). La verdad del camino es la amenaza regresiva que anularía la posibilidad de futuro. La negación implica ausencia de movimiento e involución. Ya antes había asomado el temor: “Y a mí se me ocurre que hemos caminado más de lo que llevamos andado” (*idem*).

El grupo se ha desgajado durante ese viaje para conocer “la tierra que nos han dado”. Lo que presenciamos es el regreso, frustrados, impotentes ante la Tierra otorgada. Fracasado el objetivo último, el “resto de Israel” trinitario, ve abajo, en el pueblo próximo, una posible alternativa de liberación: “Conforme bajamos, la tierra se hace buena”; y el bautizo de polvo con la tierra buena produce placer por un instante: “Sube polvo desde nosotros [...] pero nos gusta llenarnos de polvo. Nos gusta” (p. 21), hecho que contrasta con el polvo de la peregrinación en “Talpa” (pp. 62-75). No obstante, el cuento cierra con la bifurcación de caminos: aquel

⁶ Macario —feliz, afortunado, bienaventurado—, Gutierre Tibón, *Diccionario etimológico comparado de nombres propios de persona*. FCE, Ciudad de México, 2ª ed. corregida, 1986.

⁷ De modo análogo, en muchos de los cuentos de José Emilio Pacheco que relatan la vida familiar citadina y moderna, en la constitución misma del núcleo familiar se cuestiona el modelo introyectado (se reproducen la ausencia del padre y la sustitución de la madre), y se vulneran consecuentemente las relaciones de autoridad y de solidaridad amorosa y protectora que conlleva el modelo.



por donde se va Esteban, y el que sigue el grupo que continuará adentrándose en el pueblo, ¿preparación de un nuevo éxodo?

Si bien las relaciones de solidaridad no han desaparecido totalmente en “Nos han dado la tierra”, sí se han vulnerado por los efectos del poder sobre el mermado grupo. Los hombres han sido lanzados a la vida (en yecto) y, al mismo tiempo, están segados, detenidos de su sentido.

Juan Rulfo: la eterna relectura

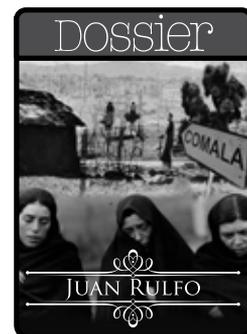
Pedro Siller*

En la historia de la literatura hay libros que aunque son relativamente recientes, ya podemos clasificarlos como significativos o clásicos para un país. Uno de ellos es el de *Pedro Páramo*. La idea de clásico es la de un libro que se lee una y otra vez, la lectura que se convierte en un descubrimiento o un redescubrimiento como lo fue la primera, de tal manera que nunca termina de decirnos lo que tiene que decir.

Su autor, Juan Rulfo, nació en Jalisco el 16 de mayo de 1917, por lo que ahora celebramos su centenario y le tocaron vivir esos años difíciles, era lo que hoy se llama el fin de la lucha armada, la expedición de la Constitución de 1917 y la creación propiamente del México posrevolucionario con todos sus ajustes. La Constitución mencionaba el *qué*, por ejemplo, el derecho a la tierra o a la educación laica, pero todavía no se establecía el *cómo*; esto es, qué se entiende por latifundio o pequeña propiedad, y en el segundo caso qué es lo laico en la educación.

De todas las regiones de la República, la de Jalisco fue la que más sufrió ese ajuste de cuentas, este juego de fuerzas. Por ejemplo, a Rulfo le tocó la guerra cristera de 1926-1929, cuando murieron muchos de sus parientes, su padre y su madre, y con esto se conformó la esencia de sus personajes. La personalidad de las mujeres, por ejemplo, tiene una fuerte relación con las de la guerra cristera porque en esta lucha, ellas jugaron un papel preponderante. Los hombres fueron mayormente a la guerra, pero las mujeres fueron quienes los impulsaban, los retaban a demostrar su hombría al ir a defender su causa. Es su madre la que comienza la trama de la novela: “el olvido en que nos tuvo, mi hijo, cóbraselo caro”.

A pesar del maravilloso lenguaje de los personajes, no hay ningún campesino



Fecha de recepción: 2017-09-20
Fecha de aceptación: 2017-09-28

*Docente-investigador de la UACJ.